

favor de un tratado podamos dar á este comercio aquella estension de que es susceptible y que tanto conviene á nuestra industria y marina.

Lo que se publica en la Gaceta para conocimiento del comercio. Madrid 11 de Julio de 1849.—El director jeneral, C. Bordiu. (C. de U.)

Madrid 21 de Julio.

Terminó la larga y fecunda legislatura de 1848-49, al cabo de siete meses. El Senado y el Congreso se reunieron el dia 14 para oír una comunicacion del Gobierno, de cuyo contenido nadie dudaba. En efecto, EL DUQUE DE VALENCIA se presentó en ambos cuerpos y leyó el decreto en que la Reina, haciendo uso de su prerogativa, dió por terminada la legislatura de 1848.

Una breve enumeracion de los trabajos en que se ha ocupado el Congreso, bastará para probar la laboriosidad de la legislatura que acaba de espirar. Hé aqui el objeto de las leyes que ha discutido y aprobado el Congreso: Presupuestos de ingresos y gastos; ley de enjuiciamiento para los casos en que el Senado se constituya en tribunal; construccion de faros; riegos de Lorca; roturaciones de terrenos; pesas y medidas; empréstito forzoso de 100 millones; dotacion del culto y clero; aprobacion de dos llamamientos de quintas; prisiones; beneficencia; caminos principales; caminos vecinales; ferro-carril de Langreo; ferro-carril de Aranjuez; canal de San Fernando; reorganizacion del banco; empleados dependientes del Ministerio de la Gobernacion; arreglo jeneral del clero; recusaciones de los letrados consultores en los tribunales de comercio; exencion de contribuciones á los capitales que se apliquen á obras de riego; y reforma de los aranceles, con otras leyes de menor importancia, que han tenido diversa suerte. Cuántas mejoras, cuántas esperanzas para el porvenir encierra la enumeracion que acabo de hacer!

Terminada la legislatura, el Gobierno podrá dedicarse con mas vigor á la ejecucion de los proyectos autorizados por las Cámaras. Algo distraerá, sin embargo, su atencion el estado actual de Europa, á causa de la parte activa que en él nos hace tomar nuestra expedicion de Italia.

Por fin hemos sabido de la llegada á Italia de la Barcelona á causa del temporal que sufrió en el golfo de León. En la mañana del 3 salió la escuadrilla de Barcelona; en la noche del 5 entró en Terracina, y pocos dias despues se hallaba incorporada con la primera division en Velletri. Aunque supongo á ustedes bien enterados de los sucesos de Italia, y especialmente de Roma, por las correspondencias de Paris y por los diarios de Francia y de Inglaterra, no será inútil para los lectores de su periódico, el que refiera algunos pormenores referentes á la division española, los cuales no hallarán ustedes ciertamente en la Crónica de los sucesos de Europa, hecha fuera de España.

El 24 del mes último llegaron á Terracina las mulas y la artillería que desde Barcelona condujo á Ga-

ta la fragata mercante Mozart. La compañía de cazadores del Rey salió al dia siguiente á hacer un reconocimiento por las cercanías de Terracina, y aprehendió á un desertor que ya se habia acostumbrado á las usanzas del pais; mas llevado sin duda del gusto bucólico que del bélico, el desertor español trabajaba muy á sus anchas en compañía de unos segadores. De estos lances habria sin duda muchos en la division española si esta hubiese continuado en la inaccion, y nuestros soldados podrian encontrar su Cápua en Terracina ó Velletri. El 26, á las once de la noche, se pusieron en marcha con el objeto de buscar bagajes y provisiones en los pueblos circunvecinos, tres batallones, uno de granaderos, otro del Rey y el tercero de la Reina Gobernadora. El primero se dirigió á Piperno, el segundo á Sezze y el último á San Felice y Sannino. En la mañana del 28 regresaron todos á Terracina. Reunida otra vez la division, solo se esperaba para salir con direccion á Velletri, la llegada del refuerzo que se sabia debia haber salido de Barcelona. Por esto determinó el jeneral en jefe Córdova, que en la madrugada del dia 2 saliesen los seis batallones al mando del jeneral Lersundi, á los cuales alcanzaria él en Velletri, acompañado de las fuerzas de artillería, de ingenieros y de las que se esperaban de España, tan pronto como estas llegasen. Una fuerte tormenta que sobrevino cuando ya estaban dispuestas las tropas para la marcha, impidió la salida de estas. Pero aquel dia, con motivo de las noticias recibidas de Roma, acordó el jeneral Córdova ponerse en marcha con toda la division sin pérdida de tiempo. Los últimos acontecimientos de Roma le decidieron á operar el movimiento indicado, y parece que no influyó menos en su ánimo la saludable idea de alejar á las tropas de Terracina, á fin de sustraerlas á la perniciosa influencia que sobre ellas ejercería aquella atmósfera impregnada de las emanaciones que producía la tierra despues de los recientes aguaceros.

A las dos y media de la madrugada del 3, el toque de diana y el de llamada anunciaron la marcha, que se emprendió, sin haberse avistado siquiera la escuadrilla que llevaba á su bordo la segunda expedicion. Para recibirla quedaron en el puerto el brigadier Bastillos y el jefe de estado Mayor Buenhuga. La division pasó toda la tarde y la noche en Sezze, hasta la madrugada del dia 4; y en la tarde de este dia hizo su entrada en Velletri en medio de una muchedumbre de espectadores, que presenciaron en la plaza el desfile de nuestras tropas, las cuales parecian mas listas aun y

Desde el dia 4 se hallan, pues, en Velletri nuestras tropas de la primera expedicion. La segunda llegó al mismo punto el 9, y el jeneral en jefe emprendió las proyectadas operaciones al punto que tuvo sus fuerzas reunidas. Así es que el dia 11 salieron de Velletri con el objeto de establecerse en Valmontone y en Palestrina, habiendo dejado en Velletri el hospital, y una guarnicion de 500 á 600 hombres mandados por el gobernador de la plaza, el coronel Loigorri. En la mañana del mismo dia 9 llegaron las fuerzas á Valmontone. La segunda division, al mando del jeneral Lersundi, la brigada de vanguardia y los cazadores del rey de Nápoles, son las fuerzas que han ido á apo-

derarse de Palestrina, punto en que al decir de los naturales del pais se hallaba Garibaldi con su pequeña division, muy reducida ya á consecuencia del disgusto que habia cundido en sus filas, tan pronto como los soldados vieron el porvenir que les esperaba. Tambien se han apoderado nuestros soldados de Monte-Fortino, pueblo de buena posicion. La fuerza que ocupó este pueblo es el batallon de Granaderos.

De la conferencia habida entre un oficial de nuestro estado Mayor y el jeneral Oudinot, resulta que los franceses no sabian el punto que ocupaba Garibaldi. Parece que sospechando que se hallaria hácia Terni, salió el 11 una fuerza francesa con el objeto de ocupar dicho punto por la tarde del mismo dia ó el 12. Mil noticias diversas corrian sobre el rumbo que seguia el astuto defensor de Roma; pero se ignoraba, por mas que las probabilidades indicaban que debia hallarse pasado el punto de Civita Castellana.

El espíritu de los pueblos que recorria la fuerza española, era enteramente desfavorable á la revolucion de Roma. Esto confirma mas cada dia en la idea de que la república de los Estados Pontificios ha sido esclusivamente obra de los extranjeros, aunque ayudados de muchos descontentos.

Al punto que se supiese de positivo el paradero ó la direccion de Garibaldi, debian emprender las fuerzas su persecucion. El dia 13, debian salir para Rieti el cuártel jeneral y la primera division.

Todas las correspondencias de Italia convienen en que es admirable el estado de subordinacion de nuestras tropas. La prueba mas evidente de esto, es la buena acogida que les ofrecen en todos los pueblos á las pocas horas de su entrada, tan pronto como dan á conocer su carácter franco y su admirable disciplina. No obstante la prevencion que hay en aquel pais contra los soldados, en muchos pueblos visitados segunda vez por los españoles, salen los vecinos á saludar á sus antiguos alojados, estampándoles un beso en la cara, (lo cual, sea dicho de paso, no agrada mucho á los soldados españoles), y aun á solicitar con empeño que vuelvan á sus casas. En Velletri, donde les habian dado mala fama, empiezan ya á gozar de la reputacion á que son tan acreedores. Una de las cosas por que mas se hacen notar nuestros militares entre aquella jente, es su desinterés. Muestran una grande aversion á las monedas republicanas, que por lo jeneral no quieren admitir en cambio; y de algunos soldados se sabe que habiendo sido alojados en casas de familias pobres, que carecian hasta del alimento indispensable, han repetido con ellas su propia racion de pan y su escudo haber.

Referiré ahora lo que un corresponsal del Herald, que parece muy esperto, dice desde Velletri, con respecto á la situacion respectiva de las tropas españolas y francesas, y de los motivos que han inducido á estas á obrar solas y á no admitir ningun auxilio. Esto explicará la larga permanencia de nuestra division en Terracina, sin tomar parte activa en los acontecimientos.

Para todos debe ser claro que los golpes que sufrió la Francia de mano de los revolucionarios de Roma, debian inflamar la hostilidad de aquella poderosa nacion. Necesitaba, pues, la Francia vengar la glo-

senios, y en las demás ciudades que tienen muchos esclavos de una misma lengua, cuántos daños suelen de esto resultar."

Aristóteles en su Economía (lib. 1, c. 5), da varias reglas sobre el modo con que deben tratarse los esclavos, y es notable que coincide con Platon advirtiendo expresamente: "que no se han de tener muchos esclavos de un mismo pais." En su Política (l. 2, c. 7), nos dice que los tesalios se vieron en graves apuros por la muchedumbre de sus penates, especie de esclavos; aconteciendo lo propio á los lacedemonios, de parte de los ilotas. "Con frecuencia ha sucedido, dice, que los penates se han sublevado en Tesalia; y los lacedemonios, siempre que han sufrido alguna calamidad, se han visto amenazados por las conspiraciones de los ilotas." Esta era una dificultad que llamaba seriamente la atencion de los políticos, y no sabian como salvar los inconvenientes que consigo traia esa inmensa muchedumbre de esclavos. Lamentoso Aristóteles de cuán difícil era acertar en el verdadero modo de tratarlos, y se conoce que era esta una dificultad que daba mucho cuidado. Transcribiré sus propias palabras: "A la verdad, que el modo con que se debe tratar á esa clase de hombres es tan trabajoso y llena de cuidados: porque si se usa de blandura, se hacen patulantes y quieren igualarse con los dueños; y si se los trata con dureza, conciben odio y maquinan sauchanzas."

En Roma era tal la multitud de esclavos, que habiéndose propuesto el darles un traje distintivo, se opuso á esta medida el Senado, temeroso de que si ellos llegaban á conocer su número, no petigrasen el órden público; y á buen seguro que no eran vana semejante temores, pues que ya de mucho antes habian los esclavos causado considerables trastornos en Italia. Platon para apoyar el consejo arriba citado, recuerda que "los esclavos repetidas veces habian devastado la Italia con la pirateria y el latrocinio;" y en tiempos mas recientes, Espartaco á la cabeza de un ejército de esclavos, fue por algun tiempo el terror de Italia, y dió mucho que entender á distinguidos jenerales romanos.

Habia llegado á tal exceso en Roma el número de los esclavos, que muchos dueños los tenían á centenares. Cuando fue asesinado el prefecto de Roma Pedanio Secundo, fueron sentenciados á muerte 400 esclavos suyos (Tácit. Ann. l. 14); y Pudentia mujer de Apuleyo los tenía en tal abundancia que dió á sus hijos nada menos de 400. Esto habia llegado á ser un objeto de lujo, y á competencia se esforzaban los romanos en distinguirse por el número de sus esclavos. Querian que al hacerse la pregunta de "Quot pascit servos?" cuántos esclavos mantiene, según expresion de Juvenal (Satir. 3, v. 140), pudiesen ostentarlo en grande abundancia; llegando la cosa á tal extremo que según nos atestigua Plinio, mas bien que al séquito de una familia, se parecian á un verdadero ejército.

No era solamente en Grecia é Italia donde era tan crecido el número de los esclavos; en Tiro se abalvaron contra sus dueños, y favorecidos por un inmenso número, lo hicieron con tal resultado que los degollaron á todos. Pasando á pueblos bárbaros, y prescindiendo de otros mas conocidos, nos refiere Herodoto (l. 3) que volviendo de la Media los escitas, se encontraron con los esclavos sublevados, viéndose forzados los dueños á cederles el terreno abandonando su patria; y César en sus comentarios (De bello Gall. l. 6), nos atestigua lo abundantes que eran los esclavos en la Galia.

Siendo tan crecido en todas partes el número de esclavos, ya se ve que era del todo imposible predicar su libertad, sin poner en confesion el mundo. Desgraciadamente queda todavía en los tiempos modernos un punto de comparacion, que si bien en una escala muy inferior, no deja de cumplir á nuestro propósito. En una colonia donde los esclavos negros sean muy numerosos ¿quién se arroja de golpe á ponerlos en libertad? ¿Y cuánto se agrandan las dificultades, qué dimension tan colosal adquiere el peligro, tratándose no de una colonia, sino del universo? El estado intelectual y moral de los esclavos los hacia incapaces de disfrutar de un tal beneficio en provecho suyo y de la sociedad; y en su embrotamiento, aguijoneados por el rencor y por el deseo de venganzas, nutridos en

sus pechos con el mal tratamiento que se les daba, hubieran reproducido en grande las sangrientas escenas con que dejaron ya manchadas en tiempos anteriores las páginas de la historia. ¿Y qué hubiera acontecido entonces? que amenazada la sociedad por tan horroroso peligro, se hubiera puesto en vela contra los principios favorecedores de la libertad, hubiéralos en adelante mirado con prevencion y suspicaz desconfianza, y lejos de alinear las cadenas de los esclavos, se las habria remachado con mas ahinco y tenacidad. De aquella inmensa masa de hombres brutales y furibundos puestos sin preparacion en libertad y movimiento, era imposible que brotase una organizacion social: porque una organizacion social no se improvisa, y mucho menos con semejantes elementos; y en tal caso, habiéndose de optar entre la esclavitud y el aniquilamiento del órden social, el instinto de conservacion que anima á la sociedad, como á todos los seres, hubiera aterrorado indudablemente la duracion de la esclavitud allí donde hubiese permanecido todavía, y su restablecimiento allí donde se la hubiese destruido.

Los que se han quejado de que el cristianismo no anduviera mas pronto en la abolicion de la esclavitud, debian recordar que aun cuando supongamos posible una emancipacion repentina ó muy rápida, aun cuando queramos prescindir de los sangrientos trastornos que por necesidad habrian resultado, las solas fuerzas de las cosas saliendo al paso con sus obstáculos insuperables, hubiera inutilizado semejante medida. Demos de mano á todas las consideraciones sociales y políticas, y fijémonos únicamente en las económicas. Par de pronto era necesario alterar todas las relaciones de la propiedad, porque figurando en ella los esclavos como una parte principal, cultivando ellos las tierras, ejerciendo los oficios mecánicos, en una palabra, estando distribuido entre ellos lo que se llama trabajo, y hecha esta distribucion en el supuesto de la esclavitud, quitada esta base se acarreaba una dislocacion tal, que la mente no alcanza á comprender sus últimas consecuencias.

(Continuará.)